

Juan Aparicio Belmonte

## Ante todo criminal

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Eva*

«Si no la hubiera besado, ella aún viviría», le vino esa frase a la cabeza y rompió a llorar. «Es necio pensar eso», trataba de consolarle la mujer rubia, acariciándole más el rostro que la vanidad. Pero la frase se repetía en el cerebro de nuestro hombre de manera persistente, como el sabor del tabaco negro en el paladar. Sin ese beso, ella aún viviría, y probablemente él no estaría rodeado de alfombras ni vería las vigas de roble cruzando el techo remotísimo de aquel privilegiado ático del centro. Resultaba evidente. La había conducido a una fiesta salvaje sin ignorar las consecuencias que podía tener para ella una atmósfera como esa. Él había sobrevivido a una pelea no tan divertida en la que cinco personas casi le matan con botellas que estallaron contra el suelo de tarima rayada y las paredes de gotelé afilado, y hasta tuvo que romper unas bragas con los dientes para salir de una asfixia inoportuna. Y después de sobrevivir, ensangrentado y sonriente, como la víctima de un atentado terrorista que sale ileso de milagro, con más euforia que miedo, había conducido a la pobre mujer a una fiesta aún más despiadada en la sierra, repleta de criminales encubiertos.

—Si no la hubiera besado, ella aún viviría —repitió.

—Que no, que no —insistió la rubia, entre risas—, que eso es una tontería...

—No me vuelvas a contradecir, maldita sea: ella está muerta porque ese beso la convenció de que debía acompañarme.

Estaban borrachos, tirados en el suelo de un ático del centro con vistas al Palacio Real, con peligrosas ganas de montárse-

lo juntos, y por eso aquella joven se reía de un recuerdo que para él era muy serio. Los nervios y la risa son una pareja tan fatal como inevitable. Pero más que la risa de la rubia, a él le asustaron sus labios y sus pechos visibles bajo la blusa blanca y holgada, con escote, una invitación para que su mano se adentrara en ella sin reparar en las consecuencias. Estaban borrachos, sí, tumbados en una alfombra de lana que desprendía pelusa y contra la que él pegó su boca arenosa. Con ganas de aventura. Estaban a punto de iniciar una novela negra o erótica, dependía solo de ellos. Fue erótica, al menos en el primer capítulo, y lo hicieron sobre la deshilachada pero cara alfombra nepalí —similar a las que colgaban de las paredes— contra la que él había intentado en vano reprimir su ardor. Lo hicieron, el amor o la cosa, hasta en cuatro ocasiones y a gritos, sin hacer caso de las impertinentes protestas que llegaron, ineficaces como balas de agua, desde el piso de abajo, golpes en el techo y la pared de los vecinos, que él se figuró gordos, pendencieros, borrachos y casi tan cardiacos como él mismo, ensañándose a topetazos con los muros y provocando nubes de cal. Volvió con aquella teoría obsesiva: él tenía una amante ocasional de la que estaba más o menos enamorado —una comisaria de policía, ¿cabe mayor estupidez?—, a la que llevó a una fiesta y luego a otra para celebrar alguna nadería. Fiestas peligrosas, sadomasoquistas o peores. Al día siguiente supo que ella había fallecido en el incendio que se produjo en la segunda casa, una mansión de la sierra con demasiadas cortinas y demasiados libros, y muchos individuos de aspecto patibulario con ganas de bronca. Acudió al entierro con tal remordimiento que no pudo saludar a los destrozados padres ni a su acusador exmarido (un abogado corrupto al que el juez de vigilancia penitenciaria concedió permiso para asistir al sepelio).

Rememorar todo aquello le hacía sentirse culpable no tanto por el suceso en sí, sino porque estaba tergiversando la tragedia para dar pena y volver a montárselo con aquella rubia tan atractiva. Ella comenzó a roncar y nuestro hombre se incorporó. Recuperado de la congoja, limpio de pesadumbre tras una ducha de agua templada que le sentó mejor que el medio litro de Coca-

Cola Zero que cogió de la nevera, abandonó el piso sin despedirse, un poco harto de tanta pared negra, tanta alfombra nepalí y tanta música *chill out*.

Al llegar abajo pulsó el telefonillo de varios vecinos.

—¿Quién? —respondió uno.

—Tu padre, imbécil, tu padre.

Y aquí Sara Lagos dejó de leer la novela, en la página 12, no por cansancio ni por aburrimiento sino porque su marido entró en casa con una expresión de preocupación distinta de la habitual: esas ojeras subrayaban una mirada enrojecida por una conjuntivitis o un derrame ocular que daba grima, la corbata de Hermès a rayas rosas y negras hacia atrás, por encima de un hombro, el cinturón desabrochado, el cuerpo desgarbado, como un muñeco articulado que pudiera desmontarse en cualquier momento. Dejó caer la cartera con sus asuntos jurídicos y se desplomó cuan largo era sobre la alfombra, se diría que abatido por un susto mortal, mientras los violines de Prokofiev hacían vibrar el suelo desde los bafles gigantescos del salón.

— A ver, qué ha ocurrido esta vez — dijo Sara, a la vez que bajaba la música con el mando a distancia y se incorporaba del sofá.

Cuando tocó a su marido, lo descubrió demasiado frío o demasiado caliente, no sabía bien, raro en cualquier caso, como si su temperatura corporal demostrara que, en efecto, algo extraordinario (y malo) le estaba sucediendo.

— Esteban...

Aunque estaba acostumbrada a los cadáveres, a verlos, tocarlos y levantarlos, tembló como si la música de Prokofiev también surgiera de su cuerpo. No era lo mismo tratar con el cadáver de un desconocido que con el de su marido: la muerte solo iguala a los extraños.

— Esteban, por favor, qué te pasa.

Abrió los grifos del agua caliente de la cocina y el baño. Subió el termostato de la calefacción hasta los 40 grados centígrados. El aire se llenó de vapor. Le puso a su marido un abrigo de plumas por encima. La obsesión de Sara era que expulsara mediante el sudor toda la química que, presumió, habría consumido en la fiesta del Colegio de Abogados de la que venía. Él apenas se movía. De su nariz brotó un reguero de sangre refulgente. Sara le tocó el cuello y aún vivía, vaya que sí, pero la arritmia era exagerada, contagiaba a la misma yema de sus dedos. Marcó el número de Urgencias. Malditos abogados, malditos cocainómanos. Él se dio la vuelta y, boca arriba, sonrió.

—¿Qué haces? ¿Por qué me abrigas? —musitó—. Tengo calor.

—Dios mío. ¡Estás borracho perdido! ¡Menudo susto me has dado! —Sara se indignó—. He llamado a la ambulancia. Pensaba que tenías una sobredosis de coca o algo peor.

—Bueno —dijo él, muy sonriente—. De eso también había, pero en fin, ya sabes, soy más de drogas legales, como el alcohol, o blandas, como el hachís...

La casa era una sauna y unas perlas de sudor dibujaron el itinerario de la carrera de Sara para cerrar los grifos y apagar la calefacción. Ayudó a Esteban a incorporarse. Él puso un brazo sobre su hombro, mojando el tirante de su camión, y mientras ella le sacaba el lazo de la corbata, él se desabrochó la ropa. Se dejó guiar hasta el dormitorio conyugal abandonando por el camino los zapatos, la camisa y los pantalones. Se derrumbó sobre la cama y cuando Sara le quitó el segundo calcetín —se había puesto uno de cada color, el muy payaso— sonó el timbre de la puerta: la ambulancia. Qué vergüenza tener que explicar a los enfermeros que todo había sido producto de la precipitación, que su marido no estaba sufriendo un colapso por sobredosis de droga, que la sangre de la nariz fue a causa del golpe que se había dado contra el suelo. Sara se lo estaba explicando al camillero, que la miraba contrariado, cuando llegó hasta ellos la risa de Esteban desde el dormitorio.

—Ja, ja, ja...

Al enfermero aquellas risotadas le parecieron la constatación de que se habían burlado de él.

Y mientras descendía los escalones del edificio, Sara le escuchó mascullar:

—Valiente cretina.

Regresó al dormitorio y se topó con Esteban al borde del llanto, riéndose en la cama con la novela, la misma que ella había estado leyendo hasta que él llegó.

—Ja, ja, ja, ja... —Leyó en voz alta—: «Al llegar abajo pulsó el telefonillo de varios vecinos. ¿Quién?, respondió uno. Tu padre, imbécil, tu padre». ¿Qué mierda es esta?

Esteban rodó de un lado para otro del colchón hasta que rebasó sus límites y se golpeó contra el radiador. Y no, su inmovilidad esta vez no era una broma. Y la sangre tampoco manaba de la nariz sino de la brecha enorme de su frente, sobre la ceja izquierda.

Tenía las órbitas de los ojos en blanco, como dos cáscaras de huevo.

—¿Esteban?

No respondió.

—Oiga, oiga. —Sara bajó las escaleras del edificio lo más deprisa que pudo—. Que esta vez sí, que esta vez sí que necesita ayuda. ¡Oiga, enfermero!

Y la novela allí, en el suelo, abierta por la página 15.